

¿Guerra en el Golfo?

RAFAEL L. BARDAJÍ

Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

VATICINAR es siempre arriesgado, particularmente cuando los acontecimientos superan en velocidad la impresión y difusión de las ideas. Quizá cuando esta revista llegue a su público la situación creada tras la invasión iraquí de su vecino Kuwait siga en un *impasse* o puede que no y que se esté avanzando hacia una solución. Que ésta sea pacífica depende de la habilidad de las partes y de la voluntad de las mismas. No obstante, y a pesar de las nuevas medidas diplomáticas de presión sobre Irak que autorizan el embargo aéreo, hay factores en desarrollo que hacen de la guerra la única opción de futuro, por lamentable que ésta resulte.

En primer lugar, hay una lógica militar con su dinámica propia, particularmente en el lado occidental y, sobre todo, en los EE.UU. y el Reino Unido y en menor medida en Francia. Por un lado, es evidente que el volumen de fuerzas americanas ha superado con mucho lo que podría ser una fuerza de disuasión y defensa de Arabia Saudí y su continuo crecimiento no puede responder más que a tener cubierta la contingencia de una ofensiva contra Kuwait y/o Irak. La suma de unidades pesadas francesas y británicas no hace sino reforzar esa tendencia.

Por otro, la composición misma de esas fuerzas apunta a algo más que planes meramente defensivos. El énfasis en unidades acorazadas y mecanizadas con gran respaldo de artillería y lanzacohetes responde a un de-

seo de estar preparado para ocupar territorio. Igualmente, aunque la "postura de fuerza" hoy es defensiva y el despliegue relativamente alejado de posiciones ideales para iniciar el combate con fuerzas árabes ocupando la primera línea, la flexibilidad del mando para pasar de una situación de espera a una de acción ofensiva hace que para la mayoría de las unidades esta transición pudiera realizarse en pocas horas.

En segundo lugar, hay una lógica política iraquí que puede hacer primar la salida bélica a la actual crisis. Con las nuevas medidas de presión económica (embargo aéreo) y el fortalecimiento del frente antiraquí, a Saddam Hussein no le quedan más alternativas que la retirada pacífica de Kuwait o la guerra. Lo primero le pondría en una situación política interna muy arriesgada, particularmente tras las últimas concesiones a Irán y, por tanto, va directamente contra su interés máximo, per-

A pesar de las nuevas medidas diplomáticas de presión sobre Irak que autorizan el embargo aéreo, hay factores en desarrollo que hacen de la guerra la única opción de futuro, por lamentable que ésta resulte.

manecer en el poder. La guerra, sin embargo, puede servirle para salir airoso de la crisis, siempre y cuando ésta se desarrolle con medios limitados, en Kuwait, y no afecte de manera directa a su nación.

Hussein cuenta con que la ONU ha sentado unos objetivos muy limitados (la vuelta al *status quo ante*) y con la ausencia de un consenso sobre si adoptar medidas militares, cuáles y con qué límites en el frente internacional. Si él perdiera una guerra en Kuwait por Kuwait podría aparecer ante su pueblo y los musulmanes de otros Estados como el gran líder árabe que se enfrentó valientemente al imperialismo yanqui y occidental y/o al sionismo de Tel Aviv.

El hecho de que haya retirado sus tropas de élite (que invadieron Kuwait) a la frontera irako-kuwaití, que someta al expolio económico a un país ocupado pero que formalmente son dos provincias de Irak, y que traslade al grueso de sus rehenes a Bagdad, hace pensar que Hussein puede contemplar luchar y perder militarmente Kuwait en la esperanza de que esa derrota militar pudiera traducirla en victoria política al igual que hizo Arafat cuando fue expulsado por los israelíes del Líbano en 1982, o como supo hacer Nasser en los años 50 y tras la guerra de los seis días.

En tercer lugar hay una lógica estratégica. Efectivamente, el conflicto abierto no tiene su objeto ni en el precio del crudo ni en los principios vulnerados del derecho internacional, aún siendo éstos importantes. Se trata más bien de un problema de equilibrio de poder en la zona. Invadiendo Kuwait, Irak se colocaba en una posición dominante dentro de los productores árabes, situación privilegiada que se hubiera agravado de seguir avanzando sobre Arabia Saudí. Una retirada eventual de las tropas iraquíes de Kuwait sin una destrucción de las fuerzas ofensivas de Bagdad,

un desarme químico y la paralización de la industria nuclear así como de la investigación sobre armas bacteriológicas, dejaría intacta las capacidades bélicas ofensivas iraquíes y tendría que ser contrapesada con una permanente organización militar regional de la que hoy se carece de perspectiva. Significaría, de hecho, postponer un enfrentamiento para más adelante y a un nivel de violencia más elevado. De ahí que se de una presión para golpear ahora que la supremacía militar occidental es todavía clara. Dentro de tres o cuatro años el daño que podría infligir Irak sería muy elevado.

En cuarto lugar hay una lógica nacionalista de "redefinición" de las fronteras postcoloniales. Irak es tan producto del colonialismo como Kuwait y su heterogeneidad racial y religiosa es notable. Un 20% de su población son kurdos que encuentran sus correspondientes en Turquía, país que los ha perseguido durante años pero que ahora parece querer utilizarlos en su diseño de la "Gran Turquía" y conseguir, en aras de la homogeneidad, arrebatar esa franja de población y el suelo del norte de Irak donde habitan al régimen de Bagdad. Por otro lado, Irán, a pesar de sus recientes pasos diplomáticos, no ha renunciado a su objetivo de instalar a la mayoría Shiíi iraquí en el poder, en apoyo de su revolución fundamentalista, a la vez que vería con buenos ojos la anexión del sur de Irak.

Ambos países, Turquía e Irán, por tanto, pueden favorecer el estallido de una guerra con el deseo de obtener beneficios territoriales. La contrapartida a los occidentales sería un Irak parcialmente desmembrado, incapaz de representar una amenaza futura. Es más, ningún país de la zona podría convertirse en potencia hegemónica.

Por último, están los límites de la lógica diplomática. Nunca los embargos han servido para

modificar las políticas de las naciones, sólo para debilitarlas. Y no hay razones para pensar que este caso va a ser la excepción. Irak cuenta con unas reservas de material de guerra y productos básicos que varían de 4 a 8 meses según el producto, y la única forma de acelerar su desgaste sería el cierre de las grandes presas en los orígenes del Eúfrates y del Tigris, ambas en territorio turco. Pero tales medidas agravarían las condiciones de la población civil, primero la kuwaití, luego los rehenes, más tarde la iraquí y, posiblemente, tuvieran que ser detenidas por razones humanitarias antes de que llegaran a afectar las capacidades bélicas iraquíes.

El tiempo, como se ve, no juega claramente a favor del frente antiiraquí, y la incertidumbre acelera la especulación sobre los precios del crudo, amenazando con una recesión generalizada. En la medida en que la diplomacia no consiga más que mantener la situación creada tras el dos de agosto, pero cada día a un coste directo e indirecto mayor, la presión para una solución radical aumentará.

FACTORES DE MODERACION

Pareciendo cada día más difícil una retirada pacífica iraquí del suelo de Kuwait, y siendo

EL conflicto abierto no tiene su objeto ni en el precio del crudo ni en los principios vulnerados del derecho internacional, aún siendo éstos importantes. Se trata más bien de un problema de equilibrio de poder en la zona.

totalmente inaceptable una retirada parcial, las posibilidades de una resolución diplomática de la crisis se vuelven más escasas. No obstante, todavía se dan unos elementos que moderan y, de momento, postponen, una salida militar:

En primer lugar, el propio balance militar. Los EE.UU. supieron cómo reaccionar frente a la agresión iraquí, pero las tropas que podían desplegar rápidamente eran las menos útiles contra un ejército fuertemente mecanizado. Y las más aptas, eran las más lentas en llegar. Desde el día 6 de agosto no han cesado los envíos de carros de combate, artillería pesada, helicópteros, lanzacohetes, blindados de personal y de combate y otros sistemas pesados, pero aún hoy el desequilibrio entre las tropas en Arabia Saudí y las iraquíes es muy alto. Los norteamericanos no llegan a cuatro divisiones terrestres frente a las 15-22 iraquíes. Todo parece indicar que los mandos estadounidenses no se sentirán cómodos hasta que dispongan de unas 6 divisiones (con su material) en tierra. Esta cifra se alcanzará, de proseguir el ritmo actual de transporte, hacia mediados o finales de octubre. Fecha en la que los nuevos contingentes franceses estarán ya emplazados y las tropas británicas recién llegadas.

En segundo lugar, la falta de una opción militar limitada que conlleve pocos daños humanos y materiales. Es verdad que la aviación puede lograr destruir la práctica totalidad de los cazas iraquíes y, lo que es más importante, un 70-80% de los misiles de corto y medio alcance (lo que a su vez significa que los sistemas Patriots de defensa anti-aérea pueden ser útiles en la interpretación de aviones y misiles en ataque sobre las instalaciones de Arabia), pero ninguna guerra se ha ganado en el aire. Retomar Kuwait con la actual fuerza iraquí en el país y sus unidades de élite en reserva

operativa, puede costar muchas vidas americanas, muchísimas si se llega a usar el armamento químico. Una invasión de Irak sería una operación de envergadura en la que el Pentágono calculaba a mediados de agosto que podrían morir más de 10.000 americanos. Si no se está seguro de que una apertura de hostilidades acabará rápidamente con el poder de Saddam Hussein, los americanos tendrán que luchar una auténtica guerra y no una corta sucesión de breves operaciones.

En tercer lugar, los EE.UU. necesitan de un cierto consenso y apoyo internacional para la ejecución de sus operaciones militares. Primero, un apoyo directo occidental aunque no sea más que para el transporte y la logística; segundo, un apoyo, aunque no sea más que indirecto, árabe que evite la creación de un nuevo frente de rechazo ante el imperialismo y sionismo; tercero, un apoyo explícito de la URSS que evite la polarización de los actores en una confrontación Este/Oeste revivida y que, sobre todo, prometa una solución futura de la zona al margen de tal línea de enfrentamiento, basada en los problemas propiamente regionales. Hoy por hoy, la aceptación occidental y árabe de una salida militar es más bien baja (con la excepción del gobierno británico) y la Unión Soviética no ha dado tampoco luz verde a los EE.UU., aunque esta situación puede cambiar en cuestión de días y está más vinculada a la actitud de Hussein que a la americana.

En cuarto lugar, los EE.UU. no pueden minar el papel de las Naciones Unidas ni en el juego diplomático actual ni como factor de estabilización tras un conflicto. Por ello deberá esperar algún tiempo para que las medidas adoptadas por ONU se revelen claramente insuficientes. Por lo demás, no es imposible imaginar una resolución "77 y pocos" autorizando el uso de la fuerza contra Irak.

EN la medida en que la diplomacia no consiga más que mantener la situación creada tras el dos de agosto, pero cada día a un coste directo e indirecto mayor, la presión para una solución radical aumentará.

En quinto lugar, y pese al clima de euforia y optimismo que reina en los EE.UU., el presidente americano no puede excluir un cambio en la opinión pública si un ataque no acaba con Hussein rápidamente y comienza una escalada de bajas de jóvenes americanos. Mientras esa opción militar no sea clara, la opinión pública será un factor de moderación importante.

En sexto lugar, no sólo el tipo y la naturaleza de las operaciones actuales inmediatas son elementos esenciales de una resolución de la crisis, sino que también lo son las perspectivas del futuro en la región, las reflexiones sobre qué posthusseimismo. Mientras no haya una alternativa viable al régimen de Hussein, cualquier acción militar exitosa será incapaz de garantizar la estabilidad a largo plazo.

¿UNA SALIDA NEGOCIADA?

Tras la celebración de la Asamblea General de Naciones Unidas a principios de octubre, pareció haberse entrado en un clima político menos crispado, en el que se querían alentar esperanzas para una resolución pacífica de la crisis abierta tras el dos de agosto. Sin embargo, no hay más elementos de juicio ahora que antes para sostener esa posibilidad.

En primer lugar, las palabras

del presidente norteamericano no eran más conciliatorias que otras proferidas antes. La posición de la Casa Blanca continúa siendo la misma: no habrá negociación mientras no se dé una retirada completa iraquí de Kuwait; es preferible una salida pacífica a una guerra; pero si Saddam Hussein continúa en sus posiciones EE.UU. está dispuesto a emplear todos los medios a su alcance.

En segundo lugar, Saddam Hussein no ha dado prueba públicamente de flexibilizar su postura. Para él Kuwait sigue siendo la decimovena provincia de Irak, como ha hecho expresar a su ministro de asuntos exteriores.

En tercer lugar, Saddam ha cerrado filas alrededor de su intransigencia incluso entre los miembros de sus aparatos. Su hombre de confianza, Saadoun Shakir, ha sido apartado del Consejo Revolucionario por sugerir la posibilidad de entablar negociaciones con Arabia Saudí acerca del futuro de Kuwait y una retirada iraquí de dicho país.

Por último, los preparativos militares siguen su curso a la vez que se negocian acuerdos de apoyo indirecto entre los EE.UU. y países de la zona, como el presumible acuerdo secreto entre EE.UU. y Siria, para el sobrevuelo de aviones en caso de conflicto, utilizando corredores más directos y seguros.

En consecuencia, las posibilidades de estallido de un conflicto no han variado sustancialmente. La única posibilidad para que Saddam pudiera retrasar dicho enfrentamiento puede residir ahora en una retirada parcial del suelo Kuwaití, quedándose con las islas de Wasbah y Bubián bajo su control directo. Con eso conseguiría, al menos, crear divisiones entre los aliados sobre qué hacer y posiblemente situar a la Casa Blanca ante una elección muy complicada: contemporizar o asumir un ataque. ■